

*Para los que quiero,  
que ya saben quiénes son.*

## PRÓLOGO

*La creación es un misterio.*

*La pregunta acerca de cómo se te ocurrió esta historia y la afirmación de que “tienes mucha imaginación” son tan frecuentes como incómodas. Frecuentes porque la percepción de una idea poderosa, una idea sorprendente y que llame la atención está ligada al hecho de que el que lo pregunta no acostumbra a crear nada partiendo de la nada, por tanto que otro sea capaz de hacerlo le resulta extraordinario. Es frecuente porque hay muchas personas con esa percepción. Lo hicieron cuando eran niños (lo de crear partiendo de la nada, no se me pierdan) pero ya no lo hacen porque no es útil, no genera beneficios inmediatos. Y resulta incómodo, al menos para mí, porque uno no sabe muy bien qué contestar. Yo creo que los arquitectos que aman la arquitectura probablemente se pasan la vida contemplando edificios y admirando o criticando los diferentes componentes de su estructura y probablemente imaginando cómo podrían construir ellos el edificio ideal. Los contables verán beneficios o pérdidas económicas en numerosos fenómenos diarios. Los escritores piensan en historias. El escritor es escritor en tanto que escribe, decía Manuel Rivas.*

*Cómo se me ocurren las historias. No tengo la menor idea. Hay determinadas épocas en las que me paso gran parte de los días pensando en ideas poderosas, contundentes, ideas curiosas y divertidas. Puede que se me ocurra una conduciendo o duchándome o cortándome las uñas. ¿Cómo saber que es una idea poderosa, contundente, curiosa y divertida? No lo sabes. Lo hueles, lo intuyes, tienes fe en que lo sea. Normalmente cuando una de estas ideas llega a tu mente y uno reconoce que es una idea poderosa, contundente, curiosa o divertida normalmente*

*uno no se equivoca. La explicación a esto creo que reside en el simple hecho de que uno no viene de otro planeta. Es decir, con algunas pequeñas diferencias culturales, todos sentimos más o menos lo mismo. Seamos españoles, rusos o suazilandeses sentimos afecto hacia los otros, nos provocan la risa los mismos mecanismos y nos duele el sufrimiento ajeno. Por tanto, si la idea es buena para mí, tengo fe en que para el otro también lo será. Esto no es infalible, desde luego, pero creo que si uno cree realmente en algo y es sincero consigo mismo, será difícil equivocarse. Lo que ocurre en muchos casos es que uno se autoengaña, cuando en el fondo de su ser sabe que aquello que ha brotado de sí mismo no es tan bueno, no escucha al Pepito Grillo interior, se embarca en un proyecto destinado al fracaso. El éxito tiene que ver con la sinceridad hacia uno mismo. El éxito real, el del reconocimiento del público, el haber podido crear algo que funcione y con lo que el público se sienta de algún modo identificado. El otro éxito, el del dinero, las chicas semidesnudas arrancándote la ropa y los cuatro Ferrari en el garaje, ¿qué puede saber un dramaturgo sobre esto? ¿Y un dramaturgo de teatro breve? Eso sí que es un misterio para nosotros.*

*El surrealismo, que es un movimiento que a mí no me interesa especialmente, tenía gran parte de razón en su metodología. Aquello de la escritura automática. La mano guiada por el inconsciente, volando libre. No es que los que escribamos cine o teatro tengamos que anular la mente consciente pero sí creo que las pocas ideas mínimamente luminosas que yo haya podido concebir (si es que he concebido alguna) no están condicionadas por una reflexión acerca del subtexto, del mensaje, de algo que quisiera transmitir. Cuando uno se pone a analizar en charletas de café una determinada película u obra de teatro tiende a señalar aquello de lo que la obra "habla", aquello que la obra nos está transmitiendo, aquello que nos hará reflexionar acerca de nosotros mismos o del mundo en que vivimos. Aquello que hace importante, grande y necesaria a una obra y que la diferencia de un simple entretenimiento. En mi caso, estas pocas ideas interesantes que acaso puedo haber tenido han surgido de un modo totalmente espontáneo. Yo no digo: Voy a hacer una reflexión sobre este asunto y en función de esa reflexión creo una historia que la sustente. Es al revés. Se me ocurre una historia*

*que encierra cierta reflexión. Reconozco que eso le hace a uno menos interesante. Disculpenme. Pues bien, esta naturalidad, esta improvisación, es fruto de toda una vida de observación, por supuesto, y también de reflexión. De modo que uno va cargando la mochila personal de influencias, pensamientos, vivencias y va creando un universo personal, con ciertas ideas más o menos sólidas o más o menos frágiles y sobre todo con muchas dudas acerca de uno mismo y del mundo en el que le ha tocado vivir. Así que esa idea narrativa teatral o cinematográfica que surge repentinamente es, de algún modo, fruto de ese universo de pensamiento almacenado. Cuanto mayor sea tu universo, más probabilidades tienes de crear algo interesante. Después de años escribiendo sketches para televisión, cortometrajes, diferentes piezas audiovisuales o guiones de largometraje, he encontrado algo de mi mismo, algo realmente íntimo e inquietante hace relativamente poco tiempo. Y ha sido escribiendo las micro-obras teatrales. De repente me he encontrado siendo un escritor más libre y sincero conmigo mismo, dejando liberada la imaginación y rompiendo el corsé que me constreñía. Hablando, por poner un ejemplo, y siempre en clave de comedia, de lazos familiares. La primera pieza que escribí para este maravilloso formato fue El más acá, que habla de la relación de un hijo neurótico con el padre que viene a visitarlo. Con esa primera escritura microteatral empecé a desnudarme y a sorprenderme, puede que a conocerme un poco más. Hablaba de la familia, de las relaciones, de los celos, del fracaso, de las expectativas paterno-filiales (esto muy presente también en la pieza Descongelado, de un modo quizá más intenso). Por primera vez y de un modo muy retorcido, creo que estaba hablando de mí aunque fuera de un modo muy indirecto. ¿Por qué puede interesar esto al espectador o, en el caso que nos ocupa, al lector? Porque él se reconoce en la pieza. Porque él es igual a mí. Ninguno viene de Marte. Yo vengo del Toscal, que es un barrio donde también hay relaciones paterno-filiales conflictivas.*

*Si uno puede representar sus textos en un contexto sin censura y tiene quince minutos para representar la historia que quiera, sin más limitaciones que un pequeño escenario y pocos actores, si no te están metiendo prisa para escribir y además llevas años, como he dicho anteriormente, construyendo ese*

particular universo, ¿por qué uno no es un genio de las letras y la narrativa? Contesto con lo que dice Woody Allen al respecto de su obra: “Lo único que me separa de la genialidad soy yo mismo”.

¿Por qué escribir? Hay muchas ocupaciones que una mente no demasiado torpe puede acometer. Hay profesiones a las que uno se podría haber dedicado que reportan unos salarios maravillosos y, sin embargo, uno se pone a escribir sobre dos tipos que están encerrados en un cuarto porque afuera, en la calle, hay una invasión extraterrestre (Confesiones antes del fin de la era humana). Aunque me asusta un poco analizar lo que escribo porque no sé hasta dónde puedo llegar acerca del conocimiento de mí mismo -cosa que sospecho poco interesante-, quizá uno escriba para tratar de comprender esta extraña existencia. Incluso si se escribe comedia. Diría que incluso más con la comedia. La comedia con pretensiones, claro. Ya que estamos flotando en medio de un universo infinito, que puede albergar innumerables universos cuya explicación a su existencia y a su magnitud sería delirante, inconcebible para nuestro limitado cerebro, sea cual fuere ésta, incluso la más racional posible, hablar de absurdo no me parece descabellado. Cualquier explicación dada a la existencia, Dios, el caos, la que sea, para mí proviene del absurdo. Incluso el propio absurdo es absurdo. De modo que nos engañamos a nosotros mismos creando una ilusión de orden. Y para ello está el conocimiento, porque la idea absolutamente clara, nítida de que todo esto es un disparate nos conduciría a la locura o al suicidio. Nos autoengañamos, nos decimos que hay algún sentido profundo que justifica nuestra existencia e investigamos, reflexionando, estudiando... O escribiendo. Se puede escribir drama pero el drama es más directo aunque no sea directo verbalmente. La comedia, aunque esté preñada de palabras, siempre es más indirecta. Porque da la impresión de que lo que se representa es puro divertimento. Si conseguimos crear una obra que investigue sobre nosotros mismos (aspiración noble para los espectadores “serios”) y además nos reímos y hacemos feliz al espectador, ¿qué más se puede pedir?

Se habra notado el especial hincapié que hago en la idea. Esto tiene sentido en las creaciones de mi pluma o de mi teclado porque soy incapaz de escribir si no tengo lo que yo considero una idea poderosa. Cuando siento que se ilumina mi bombilla es cuando las musas me regalan esa idea que, si la cuentas, despierta el interés. A partir de ahí elaboro la historia, la trama, los personajes, la dramaturgia. Pero todo eso está sustentado en la idea, que es el esqueleto que recorre el texto, la obra. “¿Qué pasaría si...?” Por ejemplo. El “si” puede ser cualquier cosa. O no. Es un “si” atractivo para mí: ¿Qué pasaría si un hombre entra en el camerino de un humorista al que admira y le acusa de que todos sus chistes se basan en su propia vida? (El fan). Lo que ocurra a partir de esa premisa, de ese “motor” que desencadena toda la acción es un misterio pero se ancla en una idea que considero fascinante. Lo que ocurra a partir de ahí será atractivo y fascinante dependiendo de muchas cosas que condicionen tu escritura, de si ese día te ha dejado tu pareja, de si te ha llegado la última factura de la luz o de si tu estado anímico está alineado con los astros flotantes. Pero sobre todo, depende del oficio. Cualquiera puede tener una idea luminosa si se lo propone pero ¿cuántas películas (arte que conozco más que el teatro) son endeble a pesar de estar basadas en una idea maravillosa? La idea lo es todo y no es nada. Y el oficio se puede aprender o no. La lógica y la experiencia nos dice que el oficio se aprende escribiendo, escribiendo mal y escribiendo bien. ¿Puede cualquiera llegar a ser bueno escribiendo? Yo creo, y esto responde a la mera intuición, que cualquiera puede lograrlo si realmente es lo que le gusta. Realmente. Realmente. Realmente. No si “te mola”, no si tienes el ego del tamaño de un elefante, no si lo haces para ligar (no lo hagas para ligar, no pierdas el tiempo). Puedes tener un enorme ego, puede molarte, puedes hacerlo para ligar (ya te he advertido acerca de esto, pero bueno) pero si realmente no lo es todo para ti, si tu existencia misma no deja de tener sentido sin la escritura, entonces no serás bueno. Y no importará. Te sentirás mal durante un tiempo pero descubrirás lo que la existencia ha preparado para ti. Coge el cincel y extrae de la piedra el secreto que te está velado. A veces te pasas la vida tratando de averiguar si naciste para eso. Incluso escribiendo tienes el cincel en la mano. Yo lo tengo.

Alberto García Martín